
Juventud: (otros modos de) mirar el vacío

J. Igor Israel González Aguirre
Universidad de Guadalajara

¿Cuáles son algunas de las aristas que orientan y dan sentido a la relación entre la juventud y la esfera pública? ¿En qué coordenadas *se mueven* las culturas políticas juveniles que dan cuerpo a lo que en otra ocasión he definido como *desapegos apasionados*?¹ Para contar con un marco adecuado que permita dimensionar estas interrogantes, veamos primero algunos de los “vacíos” que colman la esfera pública.

Según la *Encuesta estatal sobre cultura política y prácticas ciudadanas* realizada por el Gobierno del estado se tiene que en 2004 el 67% de los jaliscienses consideraba que el rumbo que seguía el país en su actualidad resultaba inadecuado. No obstante, prevalecía la reticencia a involucrarse en promover un cambio: es evidente un marcado desinterés con respecto a los asuntos públicos. Esto se pone de relieve con mayor nitidez si consideramos que casi la tercera parte (31.7%) de los habitantes de esta entidad federativa adujeron que cuando se toca el tema de la política en una conversación, usualmente escuchan pero nunca participan en la discusión. Esto tiene relación con el hecho de que un abrumador 88% de los jaliscienses se interese poco o nada en la política. A pesar de ello, el 64% de los ciudadanos que viven en la entidad piensa que la política contribuye a mejorar su nivel de vida. De cualquier manera, poco menos de la mitad de quienes habitan en el estado (45.3%) señalan que en Jalisco se

1. Cfr. J. Igor Israel González Aguirre. *Y sin embargo se mueve. Juventud y cultura(s) política(s) en Jalisco*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2006, Tesis doctoral; J. Igor Israel González Aguirre. “(Des)apegos apasionados. Juventud y esfera pública en Guadalajara, Jalisco”. *Estudios Jaliscienses*. núm. 64, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2006; pp. 48-59; J. Igor Israel González Aguirre. “Nombrar es crear: la construcción de lo juvenil en México”. *Jóvenes en la mira. Revista de estudios sobre juventudes*. México: IJJ, vol. I, núm. 1, enero-junio de 2005,

2. Cfr. Gobierno de Jalisco-SDH. *Encuesta estatal sobre cultura política y prácticas ciudadanas*. Guadalajara: Gobierno de Jalisco, 2005.

3. Cfr. IMJ-CIEJUV. *Jóvenes mexicanos del siglo XXI. Encuesta nacional de juventud 2000*. México: Instituto Mexicano de la Juventud, 2002; IMJ. *Jóvenes mexicanos. Encuesta nacional de juventud 2005*, México: Instituto Mexicano de la Juventud, 2006.

vive una democracia, mientras que 30% dice no saber si esto es así. De manera que no resulta extraño que un significativo 53% de la población esté segura que al elaborar las leyes, los diputados toman en cuenta sus propios intereses; o que 32% considere que dichos funcionarios toman más en cuenta los intereses de sus respectivos partidos. En contraste con lo anterior, sólo 18% cree que en la elaboración de las leyes los diputados toman en cuenta los intereses de la población en general.²

Si el análisis se traslada a la población joven de Jalisco, resulta interesante destacar que, según la más reciente *Encuesta Nacional de Juventud*, en el 2005 sólo 1.0% de los jóvenes jaliscienses que tenían entre 15 y 19 años confiaba completamente en lo que decían los diputados federales. Esta cifra mostraba comportamientos similares conforme se incrementaba el rango de edad. Así, 1.5% de las personas de entre 20 y 24 años que vivían en la entidad confiaban completamente en estos servidores públicos, mientras que de las ubicadas en el siguiente quinquenio, de 25 a 29 años, sólo 0.8 % se mostraba confiado en aquéllos. En otras palabras, puede decirse que casi la totalidad de la juventud jalisciense muestra un nivel de confianza relativamente bajo con respecto a sus gobernantes.³ Desde luego, todas estas cifras conducen a sugerir que entre la juventud jalisciense existe una propensión a replegarse hacia lo privado. No obstante, habría que analizar lo anterior con mayor detenimiento.

Como puede inferirse a partir de los datos expuestos arriba, resulta claro que los vínculos que existen entre los ciudadanos en general, y los sujetos juveniles en particular, con la dimensión formalmente instituida de lo político son, cuando menos, muy endebles. Pero, más allá de las cifras, ¿qué se articula discursivamente desde la “trinchera” del desencanto? ¿Cómo los jóvenes dotan de sentido a la brecha que se abre entre la juventud y la esfera pública, resignificando con ello lo político? Con base en el trabajo de campo que realicé para la elaboración de mi tesis doctoral, entre 2003 y

2006, puedo decir que entre buena parte de este sector poblacional, las instituciones gubernamentales son percibidas como entidades distantes, que no atraen en tanto elementos para la conformación de un proyecto identitario que se sienta propio. Ello se refleja tanto en el marcado desconocimiento con respecto a las atribuciones y obligaciones de los distintos órdenes de gobierno, como en el rechazo hacia los diferentes actores que allí se desempeñan. Sin duda, esto constituye un serio déficit de civilidad que incide directamente en la conformación de un régimen político como el nuestro. Aunque es pertinente aclarar que dentro de los límites de este documento, más que el conocimiento preciso de lo político, lo que nos importa es destacar el *saber práctico* que los jóvenes despliegan con respecto a ese tipo de cuestiones.⁴ Así, podemos decir de entrada que, entre los tapatíos jóvenes, las diferentes instancias gubernamentales no se conciben como anclajes que permitan establecer contactos entre Sociedad y Estado, o mejor dicho, entre la juventud y el orden político; no invitan a la participación en la construcción de una esfera pública. Sin embargo, sí se postulan como aristas problemáticas que se “cuelan” en el devenir cotidiano. Más adelante veremos un pequeño ejemplo de los aspectos concretos permiten discernir, en este contexto, el horizonte sociopolítico local.

Por ahora es importante destacar que si el ideal de una cultura de civilidad plena apela a una relación estrecha entre los sujetos y una (su) comunidad política, las expresiones concretas de lo anterior muestran que por lo menos en Jalisco –y en particular en Guadalajara– se está lejos de dicho ideal. Específicamente, en lo que refiere a los esquemas narrativos que aquí se analizan, puede decirse desde ahora que el horizonte político formal no parece tener vigencia *qua* entorno favorable para la participación de la juventud en los asuntos de interés común. Para entender cómo incide el relativamente escaso involucramiento en la conformación de un régimen político como el nuestro, es preciso estructurar “nuevas” miradas analíticas.

4. Cfr. Clifford Geertz. *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós, 1994. Véase sobre todo el segundo capítulo: “Hallado en traducción: sobre la historia social de la imaginación moral”. En el ensayo del mencionado autor se pone de relieve que el giro interpretativo que atraviesa a las ciencias sociales contemporáneas –al que evidentemente se adscribe este trabajo– implica una exposición del sentido que le otorgamos tanto a *nosotros mismos* como a *los otros* –y de nosotros entre los otros–, es decir, a objetos particulares de estudio. Por supuesto, dicha exposición no es transparente y unívoca, sino que se sitúa, a su vez, en otro nivel de interpretación. Es precisamente ahí donde radica la importancia de analizar el saber práctico al que nos referimos. En última instancia, lo que se sugiere es que los fenómenos culturales deberían ser tratados como sistemas significativos que plantean cuestiones expositivas. En otras palabras, en este trabajo estamos frente a interpretaciones, a formulaciones de carácter más o menos socioantropológico, acerca de situaciones que nos parecen relevantes para nuestro objeto de estudio, con la finalidad de sugerir que es posible observar un sistema que persiste, y que permite hacer una “crónica del imaginario de una sociedad” –Geertz *dixit*–. Como nota al margen, es interesante efectuar una lectura de los postulados de Geertz a contraluz de los argumentos emitidos por Gianni Vattimo. *Más allá de la interpretación*. Barcelona: Paidós, 1995. Los resultados de ello pueden ofrecer una perspectiva interesante en términos de la observación y el estudio de los procesos sociales contemporáneos.

5. Cfr. González Aguirre, *sin embargo...*; y J. Igor Israel González Aguirre. “Las imágenes del poder y el poder de las imágenes: la construcción institucional de la juventud en Jalisco”. *Disertaciones. Aproximaciones al conocimiento de la juventud*. Miguel Vizcarra Dávila y Amaury Fernández Reyes (comps.). Guadalajara: IJJ, 2006.

6. Patricia Córdova Abundis. *Habla y sociedad. El análisis lingüístico del habla*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2003, pp. 15-78.

Arriesguemos una hipótesis, no es descabellado sugerir que lo que en principio aparecía como una “grieta”, como un déficit cívico que “resquebrajaba” la relación entre los jóvenes y el horizonte político, puede conceptuarse como un elemento constitutivo de una esfera pública con características como las que son posible percibir en nuestro entorno. El desapego, esa especie de distancia que en lugar de reducirse se ha vuelto casi fundacional, ha sido un signo que marca la relación entre política y juventud. En otra parte he sugerido que el abordaje de las imágenes culturales que dotan de contenido a la categoría de “joven” permite poner de manifiesto esta arista a partir de la discursividad institucional en torno a este sector de la población, teniendo siempre como trasfondo la conformación del campo político mexicano.⁵ Por ello, en este documento pretendo acercarme de manera muy breve a la discursividad juvenil, al delinear algunos aspectos poco considerados, pero innegablemente vinculados con la construcción de la esfera pública (i. e. lo que se percibe entre los jóvenes alrededor la prestación de servicios como el transporte público).

De entrada, en los diálogos mantenidos con las personas que participaron en este trabajo se discierne que las referencias a los acontecimientos y personajes de la vida pública son escasas, y tienen como horizonte temporal lo inmediato. En gran parte de los casos, los sujetos aludían sobre todo a eventos de corte anecdótico reciente que de algún modo estuvieran vinculados con su vida cotidiana. Por supuesto, tales eventos eran rememorados de manera difusa e imprecisa. No obstante, dejaban entrever los posicionamientos identitarios de los sujetos. Esto es importante porque, sin duda, sirve como eje estructurante de la emergencia de nuevos lugares en los que lo político adquiere sustancia y se subjetiva. Esto puede “medirse” a través de la «densidad temática» del registro discursivo observable en el material analizado aquí. Córdova Abundis⁶ sugiere que siempre que “hablamos” (i. e. siempre que llevamos a cabo una práctica discursiva) nos ubicamos

dentro de una *escala retórica del habla*, la cual transita desde el automatismo en el uso lingüístico hasta la selección minuciosa de una u otra variedad lingüística. Ello con el objeto ya sea de significar correctamente la información; o ya sea de incidir expresivamente en nuestro interlocutor. Esto no es sino otra forma de aludir a la *conciencia práctica* y a la *conciencia discursiva* (Giddens). Lo anterior es importante en la medida en que el recorrido que los sujetos hacen por dicha escala está motivado por tensiones entre los factores sociales y los factores individuales. Por ello, el análisis de las prácticas discursivas habilita el acceso al “núcleo” de la estructuración de la sociedad. Esto es así debido a que cada grupo social (i. e. la juventud) tiene expectativas [lingüísticas] diferentes por parte de cada interlocutor; de cada grupo que se le opone; de cada situación del habla. Así, la mencionada autora plantea que cada que un sujeto “habla” hace uso de un registro discursivo, cuya adecuación está vinculada con distintos factores socioculturales. En otras palabras, el registro discursivo (i. e. el umbral de la construcción social, por ejemplo, de la democracia) está compuesto por tres dimensiones: 1. el tema del discurso; 2. el modo del discurso; y 3. el tono del discurso; las cuales están asociadas con la procedencia social del sujeto, la situación en que es emitido el discurso, y las características básicas de los interlocutores. Por otra parte, he utilizado el término de “densidad temática” para aludir al contenido de los discursos. Desde luego, se parte de la idea sugerida por Monsiváis cuando utiliza como “variable” de análisis la noción de “densidad informativa”. Como puede notarse, hemos preferido referirnos a la “densidad temática” porque nos parece que “evaluar” qué tanto saben los sujetos (i. e. cuál es la densidad informativa de su discurso, en lugar de cuál es la densidad temática de éste) conlleva el riesgo de que éstos respondan lo que el investigador “quiere oír”.⁷ En cambio, creemos que si se permite que el discurso fluya y se indaga la densidad temática (i. e. que los jóvenes hablen acerca de lo que realmente les interesa, sin el temor de que

7. Cfr. Carlos A. Monsiváis Carrillo. *Vislumbrar ciudadanía. Jóvenes y cultura política en la frontera noroeste de México*. México: COLEF-pyv, 2004.

8. Además de la edad (personas de entre 15 y 29 años), elegí a los sujetos –tanto en lo que refiere a los grupos de discusión como a las entrevistas– de acuerdo con dos criterios básicos: 1. Que tuvieran algún elemento en común (i. e. su adscripción identitaria, su formación escolar, etc.); y 2. Que no estuvieran involucrados formalmente en el campo de la acción social (i. e. en algún partido político). A ello se suma que tratamos de que tanto entrevistas como grupos de discusión se realizaran en los espacios en los que los sujetos invitados se desempeñaban habitualmente. Como era de esperarse, no siempre fue posible “respetar” cabalmente los criterios establecidos. Pero considero que en lugar de que lo anterior representara un obstáculo para el desarrollo de nuestro trabajo, logró enriquecerlo.

está siendo evaluado su conocimiento de la política) se podrá acceder a un discurso juvenil menos sesgado, en el que se toquen los tópicos que interpelan a este sector poblacional en su vida diaria. Esto tiene qué ver con [la intención de no cometer] un error radical que prevalece [no sólo en nuestro país] en los estudios que intentan dar cuenta de la cultura política: al aludir por ejemplo a términos como «densidad informativa» se parte de un supuesto equivocado que confunde *Educación Política* con *Cultura Política*. Con intervenciones como la nuestra pretendemos sugerir que en el estudio de la cultura política no se trata, pues, de analizar qué tanto saben los jóvenes sobre ese tema, sino acerca de cuáles temas se están posicionando como ámbitos de indecibilidad, y las posturas que los sujetos adoptan frente a tales temas.

Para ilustrar lo anterior, enseguida se muestra un ejemplo extraído de un grupo de discusión que se llevó a cabo el mes de octubre de 2004, al cual me referiré de aquí en adelante como G1. En éste participaron cuatro mujeres jóvenes de entre 21 y 25 años y sólo un sujeto masculino, quien entonces contaba con 31 años. Todos compartían una formación universitaria en el área de humanidades; además, eran compañeros de trabajo y la reunión se llevó a cabo precisamente en el sitio donde ellos laboraban.⁸ Debido a tal circunstancia, las reuniones de este tipo no resultaban un evento extraño entre ellos. Ahora bien, recordemos que una vía para indagar los registros en los que adquiere visibilidad el horizonte político radica en preguntar acerca de cómo se perciben –desde el mundo juvenil– algunas problemáticas cotidianas relacionadas con ser joven en Jalisco, sobre todo aquellas que tengan que ver con los asuntos públicos. Frente a este tópico, Luz, una socióloga de 24 años, aducía que para ella el transporte colectivo representaba una cuestión significativa en su vida cotidiana:

Luz: Me tiene hasta acá [el transporte público] (Luz se pasa la mano por la frente, como para señalar que su

paciencia se ha agotado; que la situación ha alcanzado un límite. Espera un momento antes de continuar. Nos mira a todos). Es un 'desmadre' (ella desaprueba con la cabeza para darle mayor énfasis a su posicionamiento. El tono que utiliza denota cierto desencanto. Con su mirada busca a los demás participantes del grupo. Se hace un breve silencio, como si todos reflexionaran. Algunos mueven la cabeza afirmativamente, mostrándose de acuerdo con lo referido por Luz).

Entrevistador: ¿Por qué? (Dirigiéndose a Luz)

Luz: Para empezar, no hay una reorganización de las rutas, los tiempos de los conductores son súper cortos, están todos estresados, 'malvibrosos', insultan a la gente. Entonces, la verdad, una de las críticas que hago a la sociedad es eso: el sistema de transporte, que es una 'mierda', verdaderamente. Igual tiene qué ver [la zona] dónde vivas. Porque hay sistemas más o menos 'chidos'; hay sistemas que están muy bien, donde te subes y hasta te saludan, te 'cotorrean' y tú dices: 'qué, o sea' (Luz va alzando poco a poco la voz. El comentario que hace detona risas generales; una chica pregunta: 'dónde para ir'). Entonces, yo sí veo eso, de entrada, en lo cotidiano; eso me afecta todos los días. Yo sí creo que falta una reestructuración, una reorganización no sólo de las rutas, sino de los tiempos. Y también una educación vial para los peatones, para los usuarios del sistema de transporte, porque también somos un 'desmadre'. No sólo hay un culpable, que son los dueños de los camiones, ni [sólo] los conductores, sino [también] nosotros mismos.

De este diálogo pueden entresacarse varios elementos esclarecedores para el análisis. En principio, vale la pena destacar que la referencia al ánimo que prevalecía en el grupo cuando se tocó el tema del transporte colectivo no es gratuita. Recordemos que incluso la misma construcción de los contextos en los que se tematiza o se silencia un tópico es, a su vez, política. En otras palabras, se precisa abordar tanto *el tema*, como *el modo* y *el tono* del discurso, ya que estos elementos dan cuenta del posicionamiento de los sujetos juveniles y posibilitan la inscripción de sus argumentos en contextos más amplios. En este sentido,

el desencanto mostrado por Luz estableció un matiz irónico y de denuncia en el que transcurriría esta parte de la plática. Esto es importante en la medida en que dicho matiz remite a una postura a la cual los jóvenes recurren con frecuencia para situarse frente a lo público. No está de más aclarar que una lectura superficial descalificaría de entrada los argumentos emitidos por Luz, planteando tanto que su no-pertenencia a algún campo formal de la acción social, como su opinión acerca del transporte público, resultan triviales en tanto elementos explicativos de las características que adquiere el régimen político. Sin embargo, sugiero que el entorno cotidiano se convierte en un escenario en el que a diario se pone en práctica la relación que se establece entre el sector poblacional que aquí nos interesa, y la esfera pública. En otras palabras, la institucionalidad vigente se actualiza a diario. Desde luego, en la medida en que lo anterior está signado por la asimetría, puede ser leído en términos políticos.

Es precisamente la aparente poca importancia que se le da a temas como el transporte colectivo y a otros *–qua* factores que inciden en la conformación de un régimen político, en la medida en que representan un contacto directo con lo público– lo que permite encontrar fundamentos para dar cuenta de otros modos de entender la construcción social de lo democrático y, por ende, de la estructuración de la sociedad. Las instituciones no son entidades que *están ahí en el mundo*, sino que se actualizan y reestructuran conforme son puestas en juego, y se perpetúan a través de la rutinización de las prácticas que les dan sustancia. Siguiendo con esta lógica, otro aspecto crucial del diálogo citado arriba en G1 radica en la impronta «clasista» que se cuela en el discurso de Luz: al postular que la causa de las deficiencias percibidas en el servicio de transporte colectivo puede ser atribuible a la zona urbana donde viven los usuarios, se pone de relieve tanto una especie de diferenciación socioeconómica/ sociourbana como una distinción entre la gestión privada y la pública: como si a un área geográfica de

mayores ingresos le correspondiese un mejor sistema de transporte colectivo, por supuesto, de corte privado, y viceversa. La caracterización que hace Luz de ello así lo denota (i. e. choferes elegantemente vestidos; amables, etc.).

Desde esta perspectiva, aquello que se verbaliza en el entorno cotidiano es importante para entender el modo en que se vinculan los jóvenes con la esfera pública. Pero también los temas que se silencian resultan de crucial interés. En este sentido, es destacable cómo el asunto de las tarifas no estuvo presente en los argumentos de Luz. En cambio, la calidad del sistema de transporte ostentaba un sitio medular entre sus preocupaciones. Es probable que esta primacía de la “calidad sobre el precio” en términos de la prestación de un servicio tenga que ver con que ella tiene un trabajo fijo y con su nivel de ingresos, es decir, con el lugar que ocupa en el espacio social. En términos generales, puede decirse que su salario es relativamente bajo (4 mil pesos mensuales, aproximadamente). Sin embargo, en el contexto de una población joven que habitualmente tiene dificultades serias para encontrar un trabajo bien remunerado, aún una mínima percepción monetaria se torna significativa. Esto es importante en la medida en que pone de manifiesto la diferenciación de lo público y lo privado que subyace al discurso de esta joven, ya que se nota un saber práctico que da cuenta de las deficiencias en la prestación de un servicio (i. e. “... falta una reestructuración... no sólo de las rutas... Y también una educación vial para los peatones). Recordemos que el “acceso” a la arena pública nunca es directo, siempre está mediado por diversos factores u organismos. En este caso, el sistema de transporte colectivo es uno de ellos.

Una vez más: no resulta descabellado sugerir que detrás de un tema aparentemente trivial para la construcción de lo democrático se encuentra un posicionamiento en cuyo núcleo se intuyen preguntas como ¿qué tanto Estado y qué tanto Mercado se necesitan para constituir el orden social y político? O ¿cuál es

la responsabilidad de los usuarios en la estructuración de tal orden? Si bien los sujetos juveniles no hacen explícitas estas preguntas, sí tienen que responderlas a diario. Es innegable que ello representa una postura clara frente a los asuntos públicos que pone en juego una serie de competencias y saberes que, aunque son poco valorados por los estudios más ortodoxos, inciden innegablemente en las formas que adquieren los procesos sociales. Más aún, detrás de las palabras de Luz se intuye la idealización de una esfera pública que aportaría elementos para una mejor convivencia, para la arquitectura de un determinado orden más favorable desde su perspectiva. Para ilustrar este punto basta señalar que ella plantea que las falencias observadas en el sistema de transporte no se sitúan sólo del lado del prestador del servicio, sino que también los usuarios comparten un cierto grado de responsabilidad. “No sólo hay un culpable, que son los dueños de los camiones, ni los conductores –señala Luz–, sino [que la culpa también es] de nosotros mismos”. Sin lugar a dudas, esta distinción entre un *nosotros* con respecto a un *ellos* está en la raíz de toda noción de campo político; es el eje alrededor del cual éste se estructura.

Sin intención de sobredimensionar nada, es pertinente destacar que la relación “efímera” que la juventud establece con respecto al campo político no es unívoca; no está dada de una vez y para siempre: las rupturas y los vínculos entre la juventud y lo político son ambiguas y pragmáticas, y tienen un arreglo tanto con las temáticas que se verbalizan como con el contexto en el que ello se lleva a cabo. En este sentido, buena parte de los abordajes tradicionales que intentan dar cuenta de la cultura política en nuestro país son insuficientes porque parten de perspectivas monolíticas, “de bloque”: no dejan lugar para sugerir que no hay incoherencia alguna en que un mismo joven esté tanto a favor de la privatización de los servicios públicos como en contra de las dinámicas «perversas» de una economía neoliberal. Esto es así porque el posicionamiento de un sujeto frente a temas concretos

varía más en función del contexto en el que éstos se discuten, y no tanto debido a la posición que aquél ocupa en el espacio social. En fin, si se acepta que un régimen político como el nuestro no sólo se construye en las urnas, también puede decirse que en el discurso de Luz se ponen de manifiesto algunos de los elementos que dan cuenta de ello, que constituyen la argamasa que permite vincular la vida diaria con la articulación de la esfera pública.

Ahora bien, para reforzar la idea de que la prestación de servicios constituye una arista que dota de visibilidad a la esfera pública entre la población joven, analizaremos un breve fragmento de lo dicho en otro grupo de discusión realizado en junio de 2005. A partir de aquí nos referiremos a éste como G2. En él participaron cinco jóvenes de entre 17 y 19 años (dos hombres y tres mujeres), quienes cursaban el último semestre del bachillerato. Vale la pena mencionar que esta reunión se llevó a cabo en la casa de uno de los participantes, en una zona urbana de clase media ubicada al norte del municipio de Zapopan. Esto resultó ideal para mis propósitos, debido a que, como ya lo dije, el acceso los espacios donde los jóvenes se desenvuelven de manera habitual permite reducir los riesgos de obtener respuestas sesgadas, como las que se emiten cuando este tipo de pláticas son llevadas a cabo en ambientes “creados artificialmente”.

En fin, durante el desarrollo de esta reunión, la discusión comenzó a girar en torno de las problemáticas inherentes al ser joven en una sociedad como la jalisciense. En este contexto, a la par de otras temáticas, surgió de nuevo el asunto del sistema de transporte colectivo. Eduardo, de 19 años, conversaba con Viviana, su compañera de escuela, y le comentaba lo siguiente:

Eduardo: Una de las cosas que más me ‘emputa’ últimamente son los camiones (lo dice con un marcado tono de irritación, como si verdaderamente le resultara molesto el asunto). Quieren subir el [precio del boleto del] camión otra vez. ¿Y

el salario qué, cuándo? (La pregunta no está dirigida a nadie en específico y era más bien como un reclamo que exigía a todos los presentes una respuesta).

Viviana: El camión lo tienen que subir 'agüevo' porque la gasolina está subiendo (en su voz se nota un tono más o menos conciliador, serio, sin alzar la voz, como tratando de convencernos a todos de que había una razón para el aumento en las tarifas del transporte público). Pero eso es 'pedo' del gobierno.

En primer lugar, al contrastar los discursos emitidos tanto por Luz en G1, como por Eduardo y Viviana en G2, nos encontramos con una constante que veremos a lo largo de nuestro análisis: el grado de complejidad de los argumentos varía con respecto al nivel de escolaridad de los hablantes. También se observa un desplazamiento del núcleo alrededor del cual gravita la densidad temática: mientras que a Luz le preocupaba más la calidad del servicio, a Eduardo y Viviana les era más importante la cuestión del costo. Sin duda esto tiene que ver con el nivel de ingresos en el que están situados los sujetos (los participantes de G2 no tenían un empleo fijo). Por supuesto, al destacar lo anterior no intento descubrir "el agua tibia". Más bien, lo que se quiere poner de manifiesto es que en apariencia aquí se podría estar de acuerdo con la lógica bourdieuana que aduce que a una determinada posición en el espacio social corresponde una serie de prácticas [discursivas] similares (i. e. a un nivel más alto de escolaridad le correspondería un discurso más complejo; a un menor nivel de ingresos le correspondería una mayor preocupación por el precio que por la calidad). Sin embargo, si esto fuera cierto, también nos encontraríamos con que aquellos sujetos con una menor o escasa escolaridad aducirían aristas problemáticas radicalmente opuestas al dotar de sentido su relación con lo público. Pero como vemos, existen semejanzas significativas en los tópicos que interpelan a los jóvenes en su vida diaria como para estar en guardia frente a lo sugerido por Bourdieu. Recordemos que más que la posición social que ocupan los sujetos, interesa

discernir el posicionamiento que éstos adoptan ante asuntos específicos, y cómo ello cambia con relación al contexto. Así, queda claro que el diálogo sostenido entre Eduardo y Viviana es homólogo a los comentarios efectuados por Luz.

Tanto el tema como el tono del discurso manejados en G1 y G2 son similares y denotan cierto grado de denuncia, de desencanto: revelan una esfera pública erosionada, distante. Sin embargo, el modo en que exponen que el sistema de transporte les afecta es ligeramente distinto: mientras que Luz se fijaba en la calidad y le adjudicaba cierta cantidad de responsabilidad de ésta a los usuarios, Eduardo y Viviana dejaban en claro que tanto el precio como la calidad de dicho sistema eran una tarea que le correspondía a las autoridades, que era "... 'pedo' del gobierno". Hay además un detalle sutil en las palabras de Eduardo (G2) que no debe pasarse por alto. Al contrastar el alza de las tarifas del transporte con la necesidad de incrementar el salario se enuncia una clara toma de postura que trae a colación la regulación de la economía por parte del Estado. Esto nos permite situar los argumentos en un lado concreto del espectro político-ideológico. Ello es altamente significativo en la medida en que pone de relieve cómo algo trivial en apariencia le otorga visibilidad a la esfera pública y permite evaluar el desempeño de las autoridades. Más aún: los sujetos conectan lo anterior con otras problemáticas de mayor envergadura, como el precio del combustible y la insuficiencia de los salarios. En esta parte del diálogo, con la referencia a la determinación de las tarifas del transporte, se pone en juego un saber práctico que da cuenta del movimiento constante entre Mercado y Estado, y cómo éste incide en la vida cotidiana –de la juventud. Quizá, si nos atrevemos a estructurar otros modos –de mirar el vacío–, tal vez estemos en condiciones de entender por qué estamos inmersos en una esfera pública evanescente.